

Manuela Buriel Ramo

Nueve cantares para Yung Beef



H&O

Primera edición: marzo de 2024

© Del texto: Manuela Buriel Ramo, 2024

© De esta edición:

H&O Editores

www.hyo-editores.com

Imagen de la cubierta: Ariadna Goñi Tráfach y Gemma Sábado Adell

Diseño de la colección: Silvio García-Aguirre López-Gay

Maquetación: Fotocomposición gama, sl

Corrección: Guillermo Pérez Ortiz

Impresión: Arteos

ISBN: 978-84-128089-4-0

Depósito legal: B 3896-2024

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, y el alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, salvo las excepciones previstas por la ley.

*A Simón y Alicia,
por aquella noche de febrero del 2016
en la que me llevaron a ver a Yung Beef*

Presentación

La palabra *yung* puede significar muchas cosas con arreglo a su etimología. La forma japonesa de este nombre refiere *libertad, acción por la paz, hermoso, salsa llorón*. Además, puede entenderse como abreviación del vocablo *young*, o sea, *joven* en el antiguo inglés. *Beef*, por su parte, también posee una extensa polisemia. Originalmente entendido como *carne de res*, en las urbes de principios del siglo veintiuno pasó a utilizarse para expresar un ataque verbal con el que humillar a un trovador enemistado. A través de todas estas significaciones comprendemos mejor las virtudes con las que nuestro Yung Beef existió, hará cosa de seis siglos.

Los archivos horizontales con los que contamos acerca del cantante escasean. Apenas un

millar de vídeos, otros pocos audios, unas cuantas páginas de un manga que debió de dedicársele, un cancionero. Mucho más ricas son las voces heredadas, que cuentan y celebran sus fortunas. Estas nos dictan que fue un ser en perpetua juventud, libre, bello, de rostro lloroso, que se alió con seres subalternos, inertes y de granja, dedicando diatribas con su lengua de rata a todos aquellos que se alzarán contra la calle.

Nueve merecidos cantares le dedica entonces este trovador vertical, para evocar la memoria de Yung Beef y así su figura pueda guiarnos en nuestro caminar.

Cantar a la Imagen

La oscuridad impregnaba el templo. Los fieles, en un arrebatado silencio, inspeccionaban las sombras en busca de su silueta. Si callaban era con la esperanza de acentuar el sentido de la vista. Al entrar habían descubierto el altar desierto, sin rastro de altavoces ni demás instrumental electrónico; en el centro del templo, una gran jaula metálica de barrotes negros. Era dentro de la jaula donde se hallaban los aparatejos propios de un recital. Por este motivo, bajo la imponente oscuridad, no sabían hacia dónde mirar, les resultaba imposible predecir por dónde haría su aparición Yung Beef. Algunos, por la fuerza de la costumbre, se encaraban al desierto altar; otros no quitaban ojo a la jaula central; también había quien inspeccionaba

el techado industrial o la balconada que asomaba desde el piso superior.

De los que allí estuvieron, muchos aún no lo habían visto en persona. Estos apenas lo conocían por tres reportes videográficos que, saltando de un dispositivo informático a otro, habían expandido su imagen por toda la península. El primer registro lo mostraba quieto, con una pared blanca a sus espaldas, retando con la mirada a la cámara que lo filmaba. Sobre la cabeza, un gorro de pescador. Vestía un abrigo con motivos barrocos y una larga cadena le daba dos vueltas alrededor del cuello. Mientras recitaba su verdad, fumaba un porro y bailaba con las manos. En el segundo testimonio visual, Yung Beef transitaba por el barrio. Vestía una indumentaria de apariencia menos cuidada: camiseta blanca sin mangas y calzones anaranjados. En algunos momentos, una máscara le cubría la cara a la manera de un guerrillero revolucionario. Las imágenes mostraban diferentes rincones de su vecindario, mientras él los rondaba subido a un patinete eléctrico que le permitía deslizarse sobre el asfalto como un

espíritu futurista. La tercera videografía resultaba aún más fantasmal. Aquí, Yung Beef vestía de luto, con una larga chaqueta negra que le caía hasta los muslos. Exploraba unas ruinas industriales que, como los vestigios arquitectónicos que en el presente dan cuenta de aquella civilización extinta, se mostraban invadidas por la vegetación: el cemento agrietado por pioneras hierbas, los árboles creciendo a través de las derruidas vigas. El tema se titulaba «27», que era la edad a la que los trovadores del siglo veinte hallaban la muerte; *ready pa morir* era su subtítulo.

*

Antes que la luz, brotaron los sonidos. Tras varias decenas de minutos esperando en silencio, aquellos primeros beats revolviéron a la muchedumbre. Los cuerpos se agitaron desconcertados, el ritmo que vibraba en el aire se volcó en sus organismos, transmitiéndose los unos a los otros incipientes gestos de una danza de frenético porvenir. Pero de momento contendrían

el asalto al baile. Sus músculos, sus pulmones, el meollo de sus huesos, aguardaban en una tensa espera. Giraban sobre sí mismos para captar mejor el sonido, intentando descubrir quién era el responsable. Entonces la vieron, a aquella joven muchacha de cabello púrpura dentro de la jaula manejando las tablas computacionales para hacerlas estallar en una ruidosa melodía creciente. La música soltó la primera canción; fue como si los amorfos ruidos precedentes, carcelarios a la manera de la jaula diseminadora, cristalizaran al fin en una liberadora melodía. Esta fue recibida con un aullido general, y por unos momentos la masa de fieles se desató para bailar el caos. Nadie reconocía la tonada, imposible saber su autoría o circunstancias, pero la asumieron perfecta, reveladora como un mensaje divino a los pies de un olivo. Sin embargo, pasado el impacto inicial la euforia danzante disminuyó. Se comprendió que todavía no era el momento, que el verdadero arranque de la liturgia estaba aún por llegar, por lo que regresaron al movimiento geológico, sus cuerpos de nuevo como orgánicas placas

tectónicas transformantes, frotándose las unas con las otras, acumulando energía de cara al inminente sisma. Serían un millar de personas las que aquel día se reunieron. El estilo de la mayoría procuraba imitar el tipo de vestimentas que hasta la fecha había utilizado el trovador. No era este un tema baladí en el mensaje de Yung Beef. Cuidaba la selección de cada una de sus prendas, también del calzado y demás complementos. A la manera de las imágenes religiosas andaluzas de aquel entonces, que eran embellecidas con telas bordadas, joyas de oro o cabelleras humanas, nuestro joseador acicalaba su persona para amplificar la voz. Comprendía el poder estético en la liturgia; amaba el arte y lo descubría en cualquier manifestación de la vida. En general, solía homenajear las apariencias propias de los barrios empobrecidos que él habitó a lo largo de su vida, pero utilizando prendas llegadas desde las más caras boutiques de moda. Debido a la brutal popularidad que había alcanzado, las marcas corporativas, manejadas por *mechas* sin escrúpulos, regalaban a Yung Beef cantidades ingentes de

sus productos; además, lo convidaban a sus festejos, a sus pasarelas. Intentaban así apropiarse de su imagen, de su novísimo predicamento. Sin embargo, Yung Beef conocía perfectamente estas estrategias culturales, y las manejaba para que los abusados fueran ellos y no él. En su ostentación de aquellas ropas, en la manera de combinarlas y vestirlas, se advertía un signo de victoria de lo pobre sobre los ricos. Igual que las naciones pretéritas ostentaban las cabezas del invasor derrotado empaladas en las estacas del incólume cercado, el trovador exhibía sobre su cuerpo incorrupto las prendas expropiadas.

*

De repente, una silueta trepaba al techo de la jaula. ¿Sería Yung Beef? ¿O alguno de los presentes había osado profanar el tótem metálico allí alzado? La gruesa estructura muscular del recién aparecido, su comedita estatura, descartaba la primera opción. Una vez encima de la celda, un haz de luz lo iluminó por completo.